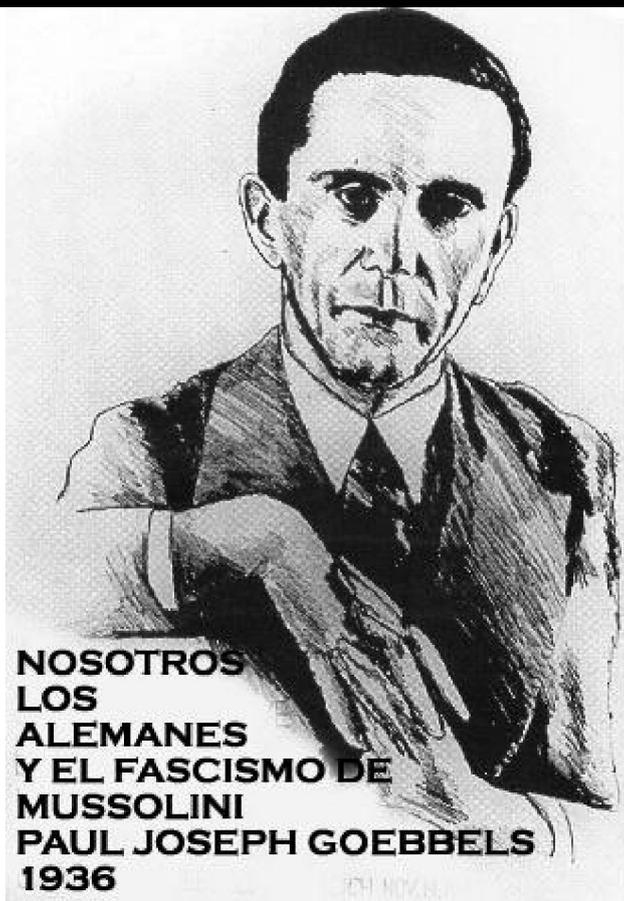


**NOSOTROS LOS ALEMANES Y EL  
FASCISMO DE MUSSOLINI**



**NOSOTROS  
LOS  
ALEMANES  
Y EL FASCISMO DE  
MUSSOLINI  
PAUL JOSEPH GOEBBELS  
1936**

**EDICIONES**

**WELTANSCHAUUNGS**

**PAUL JOSEPH GOEBBELS**

**Biblioteca Weltanschauung NS  
Libros Para Ser Libres**

Fecha: 1936

Mi tema básico deseo que sea una frase de Treitschke, tomada en cualquier ocasión de Mussolini: la historia se construye con los hombres. Frase la cual sería una sofisticación, si se pretendiese inferir que, en la serie de evoluciones político-históricas en que se substancia la vida de los pueblos, el elemento hombre constituye la determinante única y exclusiva.

He aquí, por el contrario, la verdadera interpretación: los hombres representan la materia prima. Abandonada a sí misma, la materia prima no sabría ni darse una forma ni asumir una estructura. Por ello es ineludible condición la intervención de una mano ordenadora, el acto creador de una individualidad de superior naturaleza. La cualidad del intelecto político es artística: toda materia prima se transmuta por él en substancia modelable. La cima máxima de la acción política reside, forzosamente, en la, transformación inicial de la materia elemental humana en un pueblo: en su paulatina. Elevación a estado nacional, portador de un valor político.

Sin Mussolini es imposible concebir el fascismo, es imposible concebir la Italia contemporánea. Al principio y al fin de la evolución política denominada fascismo, se halla Mussolini. Con Mussolini el fenómeno denominado fascismo ha entrado por vez primera en el mundo fenoménico. A Mussolini le debe el fascismo, no sólo su propio núcleo ideal, sino también su forma, estructura, organización.

En cada expresión vivífica de la Italia contemporánea está impreso, también, y profundamente, el sello inimitable de esta individualidad de especie única. Mussolini, él mismo, es la encarnación de una voluntad y de una idea. Debido a ello su acción revelada al afrontar una situación política que no era ya el fruto concreto de la superioridad individual en acción, sino la resultante de un juego de grupos, facciones, entidades ha podido aparecer tan gigantesca, tan duradera, tan capaz.

En medio de un conjunto democrático y baboso de procuradores de sociedades anónimas y secretarios de cámaras de trabajo, su aparición había implicado, por primera vez, la presencia de un arquetipo, de una entidad independiente, de un hombre. En él se expresaba por vez primera, una individualidad política completa, proyectante de los problemas políticos en mi ángulo visual, no ya material y mecánico, sino político en sus fines. Mussolini ha abierto así a la Italia contemporánea su ruta. Y contra una humanidad bajo la plena y entera supremacía del liberalismo, ha osado por vez primera el experimento de encuadrar a los hombres en marcos radicalmente renovados, de proponerles incluso un ideario social y nacional nuevo. Su máximo mérito histórico se anota aquí: que, a través de revolución política tal, ha demostrado al mundo, de manera original, el teorema de la posibilidad de desmantelamiento del marxismo. Del marxismo, entendámonos, en su esencia. Nunca, hasta ahora, se había efectuado, ni siquiera intentado, esta demostración: y, ante todo, se estaba convencido unánimemente, sea de la indemostrabilidad del teorema, sea de su absurdo. Una vez sobrepasada cada fase difícil, se elevaba ante Mussolini, un obstáculo ulterior, cada vez mayor. Sin embargo, no solamente ha terminado por reducir a cero el marxismo por primera vez en la historia, tanto en su eficiencia política como en su propio peso específico real. Además y siempre, por vez primera, ha rendido la prueba clásica del modo de superarlo; y hasta como movimiento y fermento obrero; no con el recurso de la teoría y los métodos de la reacción, sino con doctrinas y raigambres sociales.

El fascismo ha resultado, por consiguiente, el primer proceso político y victorioso contra el liberalismo. Generalizando más contra aquella corriente ideológica y mitológica que derramada inicialmente en 1789 con la toma de la Bastilla, inundó después, unas tras otras, las naciones, y las azotó con una secuela de convulsiones revolucionarias, y al final, hizo sumergirse a los pueblos en el pantano del marxismo, la democracia, la anarquía, la lucha de clases. Mussolini había opuesto, por vez primera, a aquella corriente, una noción de solidaridad nacional unificadora de clases, de sectas, de confesiones y profesiones, en el terreno de un denominador común nuevo, fundada en la participación nueva de un destino nacional común.

Esta sí que es una real y esencial revolución, puesto que Mussolini había visto de pronto, y lúcidamente, la inutilidad e imposibilidad de todo y cualquier pacto y compromiso con la humanidad, liberal y democrática. Dos principios diametral y espiritualmente antitéticos se erguían uno frente al otro, y cualquier fórmula de convivencia pacífica recíproca era inconcebible. El problema se había concentrado en la liquidación de toda una actitud psíquica, en su substitución por una actitud contraria.

Irrupción -en este caso- de la juventud. De la juventud pasada por el fuego del purgatorio de la guerra mundial y hecha digna y capaz de guardar las cosas de la patria; más con visión que la humanidad liberal y democrática no podía sospechar ni lejanamente.

Naturalísima, pues, en las generaciones italianas menos jóvenes, la ininteligencia del fascismo surgente; ininteligencia, antes y después, inevitable. Sí: el reactivo introducido por Mussolini en el mundo fenoménico se presentaba, en este punto, con caracteres tales de heterogeneidad, de modernismo, de novedad absolutamente inédita, que a una humanidad semejante era negada, por definición, la idoneidad de comprensión. Confirmándose viceversa la famosa máxima de Schopenhauer. Y, una vez más, los paraísos de hoy son los lugares comunes del mañana.

En realidad, mi persuasión a tal propósito está consolidada. La onda política, vencedora hoy en Italia bajo la constelación del facismo y en Alemania bajo la constelación del nacionalsocialismo, conquistará poco a poco Europa entera. Para detenerla, ya no hay ahora, ni más adelante, dique o represa que baste. Y en el día de su primera manifestación, empieza la historia nueva de toda nuestra parte del mundo.

Europa se incorporará a esa forma a la cual nuestras miradas tienden. Y a Mussolini le habrá sido asignado el alto destino de haber sabido ser el primero en instaurarla en su patria, en vivificarla en el pueblo y con el pueblo italiano. En efecto, ninguna revolución es más internacional en su propia génesis: la toma de la Bastilla es un hecho típicamente francés. Pero todas las revoluciones son siempre internacionales en la totalidad de su desarrollo. Las revoluciones insurgen inicialmente contra sistemas, regímenes y concepciones gesticulantes -sé comprende- de maneras diversas en sus diferentísimos estados. Durante, y a la conclusión de cada ciclo revolucionario, en casi todo el mundo reina un orden nuevo. Los amotinados que en 1789 asaltaron la Bastilla parecían y eran, diez años después, la vanguardia de la joven Europa. Las cosas no podían suceder de otra manera. No transcurrirán años, sino que, deberán pasar sin duda decenas de años; no lo voy a negar.

Que es directamente actuante y operante la dinámica íntima de los recursos históricos; y la lógica de su desarrollo es una, inmutable, y siempre igual a sí misma

El recurso histórico ha sido proporcionado por la Marcha sobre Roma. Para la democracia liberal, la Marcha sobre Roma ha sido, en realidad, la campana del ¡prontos al asalto! contra la democracia liberal. Es el primer ensayo de fracaso de las construcciones ideológicas y cielos mitológicos liberales y democráticos, de su

substitución por una concepción nacional y social orgánica y original. El fascismo no es artículo de exportación. Pero, entendámonos, ¿hasta qué punto?. Con seguridad que no hasta el punto de entender que el fascismo debía aparecer limitado a ser un puro y simple episodio de la historia de Italia, sin ninguna repercusión posible fuera de ella. La frase mussoliniana significa exactamente lo contrario

Significa que el fascismo es la forma, el fenómeno italianísimo de la actitud y tensión psíquica nuevas; lo mismo que el nacionalsocialismo es el fenómeno muy alemán; igual que en Inglaterra, Francia, Rusia, Austria, etc., ya en camino, la renovación revolucionaria asumirá aspectos y expresiones, en cada caso, inglesas, francesas, rusas, austríacas, etc. Del curso revolucionario completo, general, habrá emergido una Europa diferente. No un coacervo poseído en conjunto con una red de cadenas internacionales, sin una Europa afianzada sobre fundamentos nacionales propios, basada en la naturaleza. Nación por nación, Europa habrá hallado una estructura singular en que concertarse, al mismo tiempo en consonancia con las tradiciones y condiciones singulares

Pero la generación espiritual de la multiplicidad de estructura habrá sido común, única y una. Y dentro de diez, veinte o treinta años, la cara de la Europa entera - lo repito- no parecerá la de ahora, expresión de la actitud y tensión anterior

Me limito, pues, a una tentativa de examen del fascismo en su génesis ideal y con creta, y dejo al lector cualquier paralelo eventual con el similar fenómeno alemán. Es el fascismo, por esencia, antiliberal, no solamente en el tronco, sino sobre todo en las raíces espirituales. Ha liquidado de hecho este cosmos liberal en que el ser humano se calcula siempre y solamente un individuo, un número entre los números, y nunca un hombre.

Al fetichismo común de la masa, el fascismo ha substituido por vez primera, en la vida política, administrativa, económica de la nación entera, una justicia jerárquica, equilibrada bajo un sistema de responsabilidades individuales, postulando el principio de comando personal. Haber acentuado de manera tan explícita la responsabilidad personal del mando la idea de dignidad del pueblo. Y similar extensión ha habido en el orden corporativo instituido por el estado fascista. Dos pilares. Una institución lúcida del ser humano singular en su humanidad personal; una noción segura, y profundizada hasta las últimas consecuencias, de su aptitud para la responsabilidad y el mando, por un lado.

Por otro, una doctrina corporativa, encuadrando a la totalidad de los productores en la conciencia de un destino nacional común. Pero el fascismo no es solamente antiliberal; es también antipacifista. Y he aquí que pareciera presentarse un asomo de contradicción, puesto que, siendo antipacifista, encarna, sin embargo, una garantía de paz.

¿Cómo resolverlo?... El pacifismo es doctrina, por su naturaleza, radical, democrática. En la práctica política cotidiana, se inspiran sistemáticamente los cabecillas y santones de la democracia en él, cuando no son, por lo general, más que portavoces de intereses particulares y utilitarismos privados: abogados y procuradores de profesión la mayoría. Es realmente la cosa más natural del mundo que hombres de esta procedencia intenten introducir en la lucha política interna e internacional los procedimientos y la valentía de su profesión, y aunque no se lo propongan deliberadamente. Y esto conduce al descubrimiento del cáncer del régimen liberal, su enfermedad constitucional, el por qué congénito de su gangrena. Todos sus partidos no eran sino coaliciones de intereses privados; todos sus partidos no podían proyectar ni otear los problemas políticos estaduales más que de acuerdo al ángulo visual obligado por esos intereses privados

Añádese que, para los principes del foro, la tentación de hacer del parlamento nacional un duplicado del foro, es verdaderamente demasiado fuerte. Sigue como consecuencia

que, en todo parlamento liberal, las indignaciones no son en realidad indignaciones, los entusiasmos no son realmente entusiasmos

Son odios y amores facticios y ficticios, para pasto de la barra; son fintas esgrimidas bajo banderas programáticas ondeadas sin ninguna convicción; son batracomiomaquias para la defensa de posiciones que, a telón bajo, nadie piensa ya en defender. Y en los intervalos entre acto y acto, los enemigos mortales de poco ha continúan el paseo de bracete por los corredores, amigos y hermanos como antes, mejores que antes

Hombres de este género -es natural- no llegarán jamás a comprender cuánta humildad y reverencia se deben hacia la patria, si de veras se sienten hijos de ella. Ni siquiera en la patria, ni aún en la vida de un pueblo, saben reconocer algo diferente, superior al despliegue de los intereses materiales más o menos asimilado a cualquier otra alineación de intereses privados, más o menos confiados a su patrocinio. Jamás ha visto ni sufrido tanto Europa que cuando se ha puesto en manos de los abogados. Y en primer lugar, porque los señores abogados no son tontos, y el ir a la guerra no les gusta, prefieren enviar a sus clientes. Se necesitaba, por otra parte, que el pueblo tonto no descubriese el truco un poco sucio; y, para ocultarlo mejor, se inventó y concluyó la doctrina pacifista. Los señores, con poco gasto, se habían pagado hasta el lujo de ser humanitarios, en los salones, entiéndase bien. Lobos rapaces de frac y sombrero de copa, como dijo en cierta ocasión Mussolini. El fascismo ha puesto las cosas en su lugar, y también en el capítulo de la guerra ha querido ser franco ha preferido la falta de misericordia de llamar a las cosas por su nombre. Tiene a menos condenar la guerra en abstracto, y no recurre a ella en concreto sino cuando ha tropezado una, dos, tres veceas, conque la integridad nacional no podía, salvaguardarse ya de ninguna otra manera

Y Europa, repuesta sobre los propios fundamentos naturales y nacionales -estoy seguro de ello- sabrá mantenerse en paz mucho mejor que la Europa de hoy, espejo del desorden liberal. Los nacionalsocialistas de todas las naciones, hablamos, en el fondo y hechos, la misma lengua; lengua de radicales espirituales idénticos; y nos comprendemos por ello, mucho mejor que los liberales y demócratas; lengua que tiene el coraje de defender a ojos vistas el honor de la patria propia, y rinde pleitesía siempre al honor de la patria ajena. A través del antipacifismo de Mussolini, se había venido afirmando, pues, una voluntad de paz tan profunda como valiente y, para los señores, descarada; fué necesario ponerla en acción cuando Mussolini, en momentos en que semejante actitud era contra el sentido de la corriente y los humores del tiempo, defendió frente al mundo la causa de Alemania.

Tercera liquidación del fascismo: la extirpación del anónimo. La democracia liberal jamás tuvo el hábito de llamar a las cosas por su nombre. Quedar en la sombra: he ahí su gran pasión. Trabajar entre bastidores, exponerse en el proscenio lo menos posible, no aparecer nunca por completo: estos eran los usos y costumbres invariables de sus directores efectivos. Los que hoy están capitaneando la oposición democrática, mañana asen el hilo y manejan los títeres de la mayoría gubernativa, y pasado mañana, si es necesario, pueden volatilizarse. Todo un estilo y moralidad política, cuyas formas concretas y acabadas se llamaban, en Italia, masonería: Sentadas, pues, las premisas antiliberales y antipacifistas del fascismo, no debía dialécticamente descender su declaración de guerra a la masonería, hasta su aniquilamiento total. En realidad, la central psíquica de la masonería y la del marxismo son de idéntica naturaleza; la socialdemocracia, el marxismo y la masonería no obstante ser diversos en los matices antitéticos y métodos respectivos, se funden y confunden en el modo de pensar y obrar, forman en substancia uno sólo. Este modo de obrar y pensar, Mussolini lo ha substituido con las normas de la responsabilidad plena, entera, Mussolini ha asumido todo el poder y ha dado todo el poder a todo el fascismo. Mas no para proporcionarse

privilegios o preservarse de rendir cuentas. Antes bien, exactamente al contrario, para echarse encima las cargas gravosas, y responder entera, abierta y solemnemente de ellas frente a toda Italia y a todo el mundo. Norma y actitud que presuponen a su vez una toma de posición antihumanitaria, el ataque frontal contra el espíritu humanitario falaz, del cual nosotros sufrimos experiencias más que suficientes bajo el régimen liberaldemocrático. ¡Humanitarismo!: Ostentarlo hacia los enfermos, hacia los enclenques y todos los oprimidos; más para poder después rechazar cualquier solidaridad humana con la salud y la firmeza.

Hacer profesión de la humanidad hasta que se detiene en los ciudadanos, pero uno a uno, por separado; y renegar de toda humana caridad de patria. Montar cátedra para predicar una especie de humanitarismo falsificado, morboso, hipócrita; hacerse pregonero de una forma mental social, nutrida con promesas que son mentiras; y no tener sucesivamente el valor de un acto humanitario, de una acción realmente de hombre, de cortar por las raíces las desviaciones y las causas de los males. Destruir esto ha sido la gran valentía de Mussolini. Implacable cirujano ha puesto al descubierto, ha aislado las llagas de su tiempo y del nuestro, y, a través de un tratamiento duro y doloroso de años y años, las ha cauterizado.

Ha demolido hasta los cimientos el mito humanitario embrollón de la democracia liberal, colocando y añadiendo, más allá, una meta viril y heroica, no solamente para la clase política dominante, sino para la totalidad del pueblo. La totalidad del pueblo marcha hoy hacia aquella meta y, en la vanguardia, su flor: la juventud fascista. Pues la juventud italiana de hoy está transformada, irreconocible; jamás, antes de ahora, su rostro viril europeo había ostentado tanto valor, tanta firmeza, tanta confianza en sí misma, tanta audacia, tanta temeridad. Es el resultado de la acción de Mussolini, es un heroísmo probo y generoso, ofreciéndose a sí mismo a la nación, colocando la mayor y más meritoria aspiración humana en estar al servicio de la nación fisiológica y psíquicamente templado para dejar de lado el lucro material.

Juventud tan templada, dibújase hoy como la seña más saliente del aspecto político de la joven Italia, y es natural. La peor maldición caída sobre la Europa de 1914 se ha transparentado, quizá, en la fatalidad que todos los gobiernos de todos los estados, eran gobiernos de gente vieja, que ninguna palanca de mando fuera maniobrada, en ninguna nación, por los jóvenes. Y los viejos sabían demasiado bien que, si la guerra estallaba, ellos y su generación no tendrían que hacerla ciertamente. Pero la gerontocracia sobrevivió a la guerra mundial. Regresar de las trincheras a la casa y encontrarse conque, después de cuatro años de calvario, todo en política seguía andando como si nada hubiese sucedido: he aquí algo que superaba la capacidad de soportar de los jóvenes, algo que los exasperaba hasta el paroxismo. No hay que maravillarse pues, si las ideas y palabras de orden de Mussolini se lanzaron bajo el punto de vista en cuyo campo se agolpaba el pueblo y su furor, si el fascismo prístino, en su centro, resultó un movimiento de combatientes, si Mussolini resucitó el estado de ánimo de los soldados en las trincheras, si esta tensión, resucitada, se convirtió en la levadura patética de la propaganda fascista inicial. En el llevar la juventud italiana al frente, Mussolini se había dado cuenta claramente que la trinchera, para los jóvenes había sido un curso acelerado de sabiduría civil y política, contrabalanceando con exceso la insuficiencia técnica eventual, la hipotética falta de práctica

Existiendo, además, prerrogativas que son virtud exclusiva de la juventud, que no se le enseñan, que no hay escuela donde se puedan aprender. El valor del riesgo, la facultad de poder hacer todo, de inventar todo, la posibilidad de la acción política a largo plazo, sin la condena ni la espina del no deber ver la desembocadura..., éste es hoy, por el contrario, el privilegio inestimable de la clase política dominante fascista. Clase

de jóvenes, y, por lo tanto, de hombres, no con un gran porvenir dentro de sí, sino con la vida y el vasto futuro delante; que se han desprendido del miedo a la muerte, más para reconquistar el sentido reverencial de la muerte; que saben ver las cosas tal cual son, y de como se quisiera que fuesen; sin contagios sentimentales, sin inclinaciones patéticas defromadoras, sin romanticismos nebulosos. En su lugar, un estilo mental y moral nuevo, un romanticismo viril y energético, acerado y heroico; el romanticismo de nuestro siglo. En realidad, la Italia joven y fascista es riquísima y abundante en fuerzas creadoras. Gracias a éste su almacenamiento de energía, pudo proponerse e imponerse los problemas aparentemente más insolubles; y cuanto más difícil se le presente la solución, con tanto mayor entusiasmo lo ataca de frente y en bloque. La Italia fascista y joven puede osarlo, porque está en posesión de las premisas indispensables, porque lo mejor de su pueblo está en el vértice de su régimen

Envuelta en el ardor de crearse su nueva historia, libre de la bola de plomo al pie de las coaliciones de intereses y los complots de facciones, puede poner ahora, efectivamente, en el platillo, el peso entero de su potencialidad. El fascismo es, en sí, la idea de un hombre único, madurada en la mente de una individualidad de especie única, de un genio; pero la chispa se acrecentó cuando la idea, inexpressa todavía, estaba sin embargo ya en el aire, casi en suspensión. Y Mussolini aborda empresas propias de rarísimos ejemplares humanos, en nombre de los cuales habla Goethe: ...y si los muertos bajo el dolor enmudecen, un dios me conceda la palabra de aquel que sufre..

La tensión, la aspiración flotante en el aire, oscilante, continuamente indecisa, la captó Mussolini, supo constreñirla en verbo activo, en acción lógica; suyo fué el arte de transportarla, de la zona de lo incognoscible, a la esfera del conocimiento, cuya fue la virtud de promoverla, de la obscuridad de la subconsciencia, a la luz meridiana del mundo consciente. Idea de un hombre único, el fascismo deviene la confesión y profesión de fe de un partido político nacional; fe de una parte política, brota según el modo de pensar, sentir y vivir de un pueblo, surge con la esperanza de toda una nación. Es superfluo extenderse en demostrar que el ejecutor de una obra tanto e molis debería ser un hombre, necesariamente, de dotes innatas extraordinarias. Duro, muy duro, para la serie de los más diversos y variados exteriores que se han abocado a una interpretación definitiva del fenómeno Mussolini. Lo ha experimentado, en su juicio, la dialéctica hebraica, se han fatigado por ello las retóricas reaccionaria y marxista; Fatiga inútil, a mi ver, Mussolini escapa a la órbita del cuadro de toda especie de cesarismo, su estatura sobrepasa el parangón con la de todo jefe de partido

En él, la juventud se multiplica por la voluntad; Es lógica, coincidencia y resultante de elementos, desde ya y de por sí, no solamente necesaria, sino suficiente para poder llevar a cabo una transformación política cuando, como en el caso de Mussolini, la personalidad en que la síntesis se efectúa sea detentadora del poder, o si las corrientes delineadas u hombres le bastaran para esperar conseguirlo. Además, en quien haya nacido de la cuna popular con la misión de atraer sobre si la fe popular, de objetivar en sí la dedicación nacional entusiasta, ocurre y ayuda una tercera determinante: el crisma de la facultad de entrar en contacto y quedar en contacto inmediato con el pueblo, con esta aura sutil propiciatoria, con esa aureola de especie mágica, siempre advertida y reconocida en torno de los héroes nacionales predestinados. Un factor incoercible en la fórmula de una definición, un poder que es imposible llegar a expresar, un equilibrio entre la conciencia de la superioridad y la generosidad humana y viril, entre la aptitud ingénita para el mando y la moderación sabia: ésta es la esencia de Mussolini. Hombre todo instinto y percepción magnética, es la llave que abre el camino real orientado al corazón del pueblo italiano.

En nuestra primer entrevista, a los diez minutos estábamos ya de acuerdo. Organización del partido, tiempo de la revolución, orden corporativo, partido y estado, forma y contenido del estado; este complejo totalitario de problemas, Mussolini lo abarca unitaria e instintivamente. Si existe una persona con la cual un nacionalsocialista auténtico se entienda al vuelo, esa persona es Mussolini. Con él no hay necesidad de discutir punto por punto ninguna cuestión: una relación, un bosquejo, y todo queda claro y en su lugar. El corazón de las multitudes Italianas late al unísono con el de él, y jamás estuvo con nadie como con él. Y si doce tribunos marxistas trinan contra la dictadura italiana, no hay más que volver a aplicar una historieta famosa, y los oradores no son otros que los zurradores de piel que se han quedado sin piel.

Puerilidad, insulsez, traje ridículo, todo el mundo sabe cómo van las cosas en realidad. Material magnífico para cualquiera, en Italia Y un buen corte. En Italia, el vocablo marxismo ha desaparecido por completo de la lengua viva, y cuanto más la palabra bolcheviquismo, que hay que ir a buscarla en los diccionarios donde la vida la ha expulsado y confinado.

El Duice siempre tiene razón. Es una frase tal vez en parte ininteligible, al menos para nosotros los alemanes; no obstante, hablando y pensando de manera italiana, la fe de todo un pueblo se expresa en su complemento y coronación. Es una frase humanamente no acuñable sino dónde y cuándo la mayoría enorme está archiconvencida, en su fondo más profundo, de que el hombre de clase única está del lado de la razón. Al faltar hechos explicativos de perentoria premisa similar -es evidente- hubiera tenido repentino sabor a delirio o bufonada, y no hubiera sido tomada en serio ni repetida.

Il Duce ha sempre ragione es, por el contrario, una proposición plenamente creída y representa una suma tan enorme de confianza y dedicación, un capital psíquico nacional tan seguramente imponible y convertible en acciones políticas concretas, que quererlo aumentar aún sería realmente imposible

Mussolini es el arquetipo ideal de la juventud italiana. No hay balilla que no lleve consigo su fotografía, no hay italiano que no lleve su imagen en el pensamiento. Es el hombre de los obreros y de los campesinos, que comprende al pueblo y se encuentra bien sobre todo en medio del pueblo, que no quiere hacerse fuerte con el pueblo, sino hacer fuerte al pueblo italiano

El tipo militar nuestro -prusiano, germánico- se ha encarnado históricamente es una dualidad antitética de caracteres psicopsíquicos preponderantes: en complexiones macizas, más bien robustas y duras, por una parte, y en complexiones descarnadas, ágiles y nerviosas, por otra. Se puede reconocer la perfección ejemplar del segundo subtipo en Moltke, general que sabe manejar lo mismo la pluma y la espada, tan artista nato como estilista consumado en las Cartas turcas. Y sobre todo, en el equilibrio inimitable de Federico II de Prusia, rey y condottiero, músico enamorado de su flauta, y escritor. Soldado insigne, mataba continuamente en sí al artista para que el creador de historia viviera, y en lucha tal se ejercitaba máximamente su heroísmo, se testimoniaba su calidad virilmente humana.

En Mussolini, ahora me parece vislumbrar algo semejante. Es un soldado, pero también es artista; es también todo instinto, intuición, percepción magnética; en conclusión, conocimiento directo, conocimiento virtualmente infalible. Alguna vez, en cualquier particular secundario, podrá darse el caso que se equivoca también; él; pero en las cuestiones capitales es constantemente rectilíneo, seguro, con una seguridad sublime, de clarividente

Proponeos ahora una definición semitemeraria, y llamaréis a Mussolini romano prusiano. Un antiguo romano, con la disciplina prusiana, la alegría de trabajar prusiana,

el heroísmo prusiano; aparición única y, a punto en su unidad, no concebible ni posible más que en la tierra madre del romanismo

Y si el fascismo es la obra maestra, su persona es el centro viviente de la Italia fascista. Mientras, la infabilidad instintiva mussoliniana se revela y afirma en su método de acción demiúrgico en haber obrado siempre de abajo hacia arriba, y no al revés. Y entendamos bien que, si lo hubiese querido, habría podido elegir, en su lugar, el sistema contrario, sin dificultad, sobre todo sin la dificultad de Hitler, por cuanto se hallaba ya a la cabeza de un partido potente y, por lo tanto, en las alturas. No; Mussolini prefirió establecerse en las raíces, deliberada y conscientemente; que para subir se va de las raíces al vértice, pero desde el vértice no se puede ya descender; las cosas son así y no de otra manera.

Conciencia heroicamente lúcida, Mussolini debió, por ello y ante todo, plantearse a sí mismo este axioma: sí el fascismo vence, le espera una victoria total. El fascismo no ha nacido para comerciar con los demás partidos, y mucho menos para soportar otros dioses en su cielo. El fascismo se juega el todo por el todo: o llega, o fracasa; si fracasa, ha perdido de una vez para siempre: mas si llega, todo le pertenece por derecho y también para siempre. Y en consecuencia, con una serie cerrada de golpes asestados al corazón, pone fuera de combate, uno tras otro, a todos los viejos partidos.

De los viejos partidos, en Italia, hoy ya, no se acuerda nadie: socialistas, anarquistas, comunistas, populistas... pertenecen a la arqueología, ¡y de qué calidad!. El fascismo ha encuadrado políticamente a la totalidad del pueblo; ningún pueblo, en realidad, pudo ostentar jamás un cuadro, una armazón semejante que lo sostenga y distienda, diferenciada según los diversos lugares y tiempos, sea, como es evidente, en la configuración externa, sea en el proceso formativo íntimo. El sistema encuadrador asume una estructura histórica, en cada caso variada; es un orden religioso y guerrero, es una jerarquía militar, es un organismo político y civil, denominable partido: condición inmutable, rigurosa, que perdura solamente por la presencia y la acción de mando de una minoría dirigente

El patriciado romano antiguo, el ejército prusiano, el fascio de combate en la Italia fascista, el movimiento nacionalsocialista en la Alemania nacionalsocialista. Una armazón, una osamenta tal, no es posible ni concebible más que dentro del estado: fuera, sería absurda. El estado orgánico se constituye y construye alrededor de este esqueleto y armazón que es la presuposición ad hoc de su organismo, de su solidez, de su consistencia. Hacer del fascismo una función orgánica del estado: he aquí el problema capital en la evolución fascista próxima pasada. Los fascios de combate no flanquean el estado ni marchan a su zaga, sino que se funden y confunden con él: fascio y estado se convierten en una unidad hasta en la convicción de cada fascista. El tiempo se colorea con las imágenes y semejanzas de los mayores; para hacer la historia quedan los descendientes.

Mussolini ha llamado oportunamente al secretario general del partido fascista para formar parte del gabinete, confiriéndole el grado y las prerrogativas de ministro en ejercicio. Uniformándose con el impulso recibido desde arriba y partido desde el centro, la intromisión del partido en el estado ha continuado en sentido descendente y hacia la periferia, con un ritmo natural y sin sacudidas, en tal forma que, al término de una evolución apenas decenal, fascismo y estado italiano son, exacta y realmente, todo uno. Y de esta manera ha podido dedicarse en cuerpo y alma a la conjunción permanente con la totalidad del pueblo.

¡Desgraciado de aquel gobierno que se eche sobre las espaldas el peso de toda responsabilidad y, después, sueña mantenerse en contacto con el pueblo a través de la aplicación de la ley desnuda y cruda! ¡Con seguridad que el régimen que no tiene

confianza en nadie y no cuenta con nadie, debe levantar su burocracia y policía!. Un régimen goza de vitalidad solamente cuando tiene tras sí y consigo una nación. Ni esta condición tendrá si su política no es nacional y popular. Entendámonos: ser fascista, como ser nacionalsocialista, constituye la prerrogativa ambiciosísima de una minoría. Pero no estamos en presencia de una minoría que tienda a depositarse en la superficie para cubrirla y hacer de revoque en la fachada, o viceversa, propensa a aglutinarse en la capital, a coagularse. Para disponer después a su capricho desde la central. Trátase de una minoría distribuida jerárquicamente en el organismo del estado entero, incorporada orgánicamente a la vida total y totalitaria de la nación.

El jefe de la jerarquía ocupa el vértice de la pirámide; en la degeneración del vértice a la base, la pirámide se ensancha proporcionalmente, y su eje de simetría se identifica con el eje de simetría del pueblo, de la nación, del estado italiano. Propulsor originario y órgano inicial de la revolución, el partido fascista se convierte con pleno, con plenísimo derecho, en órgano del estado fascista.

El jefe del gobierno es, simultáneamente, jefe del partido, y el partido no es, por consiguiente, sino la forma y la expresión plástica de la voluntad, pensar y acción fascistas; la Italia contemporánea sería imposible figurársela sin el fascismo, puesto que el fascismo ha permeabilizado, hasta la fibra más íntima, el tejido del pueblo italiano. La nueva generación es su hechura y propiedad; la juventud crece a su calor exclusivo, sintiéndose parte viva del estado. Los fascistas más jóvenes advierten también, casi por fuerza de un fenómeno de correspondencia subconsciente, que en Alemania se está recorriendo una evolución similar. Fue demasiado calurosa la acogida que me prepararon los jóvenes fascistas para poderla explicar como convergencia de intereses materiales: demasiada cordialidad para poderla reducir a una coincidencia de directivas políticas internacionales. Revelaba un estado de ánimo más consonante, más profundo. "Nosotros lo concebimos de la misma manera. Vosotros, en Alemania, queréis llegar idéntica y exactamente a lo que nosotros en Italia". Consonancia íntima, abiertos panoramas nuevos.

"Una cosa es una revolución y otra una asonada. En 1918, los alemanes tuvimos una asonada en casa; hoy, en su lugar, se ha llevado a cabo una revolución. En la víspera de la Marcha sobre Roma, Italia contemplaba la asonada en su casa; la acción de Mussolini desde entonces hasta ahora, continua, y progresiva, todavía en pleno desarrollo, constituye, por el contrario, la revolución fascista. Las revoluciones jamás reniegan de las tradiciones nacionales: las tutelan, las salvan, en cambio. Ni destruyen nunca por el gusto de destruir: demolen, aniquilan, sí, pero siempre y cuando sea rigurosamente necesario, indispensable, para dar lugar a las fuerzas vitales nuevas.

También la revolución fascista, también Mussolini, han dejado estar las cosas como estaban frecuentemente, incluso con mucha frecuencia, cuando no representaban una remora para el impulso vital revolucionario.

Revolución de jóvenes la fascista, está en ligazón consciente con la tradición nacional, está dotada del sentimiento reverente de la historia nacional y del purismo tradicionalista más exigente. Y es profunda su aptitud para transformar en propia tradición su mismo pasado próximo ya histórico. Todo fascista está persuadido que la historia de la revolución fascista, desde su primer comienzo, ha constituido una sola cosa con la historia de Italia; y tienen razón.

Igualados en la veneración nacional a los Mártires de la causa nacional, los mártires de la causa fascista son señales idénticamente luminosas, como en nuestro lied (1), los fascistas muertos marchan todavía entre los fascistas vivos

Así ha sido el partido fascista el crisol metafórico del pueblo italiano; así es el crisol real del pueblo fascista; así, en ese crisol, la heterogeneidad de la materia prima humana se

refunde en la homogeneidad de una substancia humana plasmable, de cualidad civil, política: la mano creadora del genio artístico-político extrae de allí la figura viviente actual.

Y el régimen se autodefende, sin necesidad de una policía adecuada, en especie, ni de cualquier otra forma de coerción material, en género. La medida de su fuerza es igual a la de la nación italiana, y es la misma medida porque es la misma fuerza. Es un hecho que el partido ha absorbido el partido de la multitud, y la multitud al pueblo, y el pueblo a la nación, y es erróneo decir hoy Italia, si no se quiere decir a la vez fascismo y Duce.

En el sector Occidental de Europa se ha esparcido y propagado la especie de que la inteligencia y cultura italianas, o son de corazón contrarias al régimen fascista, o, en el mejor de los casos, subsisten bajo una actitud llena de reservas. Cháchara cretina y manipulación de los notorios manipuladores profesionales de la "opinión pública" occidental inspirados por los apetitos personales, ni siquiera merece la pena de ser rebatida. Los intelectuales autosegregados del fascismo son ramas secas que sería una lástima reverdecieran en tan buen terreno; ocuparse de ellos, lo repito, sería perder el tiempo ahora, ya que han caído bajo la maldición más antipática exactamente para toda eventual aspiración a la inteligencia: ¡fastidiosos!. Mas son personas sin ningún interés para nadie, mientras la vida incoercible y bullente sigue derecho, mientras las fuerzas revolucionarias jóvenes suscitan y vivifican la forma del nuevo orden social. Toda Italia se halla reconstruida, transfigurada: las multitudes inmensas arden en el mismo ardor que no se extingue en su jefe, renacen en la voluntad idéntica y unitaria de encarar de frente la totalidad de los problemas.

La revolución fascista recorre, vencedora, una vía real; y si un par de intelectualoides desequilibrados y dejados de la mano de Dios, se hacen los locos en la calle y gritan, y echan veneno, habrá que recordar que los rebuznos del asno no llegan al cielo.

La actividad cinematográfica fascista apenas ha entrado en un ciclo productivo radicalmente renovado; principios por ahora modestos, mas ya significativos, por otra parte.

Se ha visto una serie de los primeros ensayos hasta aquí, en Alemania. Desde el punto de vista técnico paro, nosotros, en verdad, estamos más adelantados que en Italia; si en su lugar el juicio se efectúa sobre la voluntad de figuración de la causa, de representación del destino nacional, Italia está más adelantada que nosotros, al menos hoy.

Y lo esencial, a mi parecer, es esto. Todo lo demás se puede aprender; habilidades prácticas e ingeniosidad técnica, son accesorias: basta trabajar con un cerebro sano para llegar a apropiarse de sus secretos; lo que no se enseña es el espíritu vivificador, el impulso suscitante.

El fascismo, en primer lugar, ha osado la experiencia de hacer del cinematógrafo un instrumento de acción estadual-nacional directa. Hoy por hoy no sabría dar una opinión definitiva sobre el éxito final del experimento, ni tampoco, sobre la oportunidad eventual de una repetición de él en Alemania. Yo he considerado, desde el principio, que toda nación es y debe ser nacionalista a su modo, que importar a tontas y a locas un nacionalismo extraño será tan cómodo como insensato y malaventurado, que es necesario tomarse el trabajo de pensar con la propia cabeza, que es preciso descubrir, inventar la armonía perfecta entre el orden jurídico-social nuevo, de un lado, y la estructura nacional-específica alemana, de otro.

Inspira admiración, en esta Italia rejuvenecida, la audacia tenaz con que se edifica. "Una línea similar empieza a trazarse ahora en Alemania; y no con la intención de calcar la horma de la revolución fascista, sino en realidad, para corporizar nuestra convicción madurada. Ni las reformas que transmutan el flujo continuó de la vida, ni las

revoluciones que transforman el ritmo cotidiano, son automáticamente suficientes para eternizar a sus héroes, las naciones; no es eterna más que la indestructibilidad de la piedra. Hacer de la piedra eterna un monumento a la eternidad de la nación: he aquí el privilegio superior, del cual se exige sean investidas.

Italia lo posee. Inmediatamente alrededor a la Roma antigua y vieja, se ha levantado otra ciudad; se han derribado barrios enteros; se ha edificado en las afueras un foro de mármol ciclópeo; se ha irradiado en la península un sistema de carreteras de inigualables longitud, comodidad, amplitud, estabilidad. Habrá quien se figure que de estas hermosuras, no disfruta el pueblo italiano; habrá quien se imagine, en los hombres del campo, monólogos como éste: ¿Qué beneficio trae hasta mí el foro romano?..

¡La autovía?... ¡Por ella van los autos de los señores!... No es cierto, sino lo contrario. Desde el primero al último, todo italiano siente y sabe que éste es su campo de deportes, que ésta es su autovía, que este conjunto de obras lo ha creado la fuerza creadora perpetua del ingenio italiano; y en años en los cuales el resto del mundo estaba sacudido por accesos de fiebre, se hallaba convulsionado por la crisis.

Nosotros tenemos el deber de llegar también al mismo punto, en Alemania; la voluntad de perpetuarse en la perpetuidad de la piedra, hasta ahora prerrogativa de hombres singulares, debe brotar en el orgullo de todas las naciones sin excepción. Todas las naciones deben imponerse este acto de voluntad. Y dentro de dos mil años, los monumentos sobrevivientes serán testimonios de nuestras generaciones de constructores.

En Italia, la ley de prensa ha sido reformada fundamentalmente. También en Alemania es de urgencia fijar con rigor los derechos y deberes de la prensa alemana, y pronto. El criterio legislativo italiano en esta materia no lo podremos adoptar más que parcialmente, al no coincidir, en una porción de casos, con la índole nacional alemana. Pero tendremos que afirmarnos en una base común, y la prensa germánica estará también disciplinada en cuanto a actividad y responsabilidad pública se refiera, ya que el derecho de ejercitar la profesión periodística es, para con el estado, un deber. A los médicos no se les permite efectivamente el ejercicio de la medicina sin la habilitación del estado, y nadie encontró en ello nada censurable. Con mayor razón, con mucha mayor razón, nadie tendrá que censurar nada si el estado se arroga el derecho de conceder la habilitación inherente a una categoría de profesionales que, en realidad, podrían y pueden envenenar el cuerpo social. Entendámonos: no se aspira a un nivelamiento total y totalitario de la opinión pública; se exige y quiere, en orden a las instancias nacionales vitales, una opinión pública nacional, pero una sola: ¡no dos o más! Hay Quien sale a predicar que la propiedad es un robo, mientras otro dice que es la quintaesencia de la civilización y el progreso. Para éste, la religión es el nivel definitivo de las aspiraciones humanas; para aquél, por el contrario, es el opio del pueblo.

Pluralidad inadmisibile, simultaneidad absurda. Hay que dar la razón al que la tenga, y el que esté de parte del error que elija.

En situaciones anónimas, en cuestiones de pura forma, los pareceres son libres para multiplicarse; pero cuando se trata de problemas capitales, la solución, la respuesta, es y debe ser siempre única. Y si las cosas no marchan así espontáneamente, entonces el deber de quien responde del estado nacional es uno solo: hacerlas marchar así de cualquier modo, meter en cintura al que lo necesite; y no dejar que campeen por sus respetos, con su "temperamento individual", el señor Tal o el señor De Cual. Nosotros no nos hemos colocado en el lugar de mando para vigilar un cultivo bacteriológico de "temperamentos individuales; nos hemos colocado para conquistar para la nación, su derecho a la vida.

Desde la copa a la raíz, la Italia fascista está saturada de la savia de la energía y de la seguridad en sí misma. Lo cual es formidablemente hermoso, y á nadie le pasa jamás por la mente que eso pueda terminar.

Se reemprende a todo momento, y al encontrarse con cualquier nudo de dificultad, se corta; y no se interrumpe jamás el ritmo acelerado del trabajo; y se exploran sin descanso los sucesivos obstáculos, abatiéndolos sin un instante de titubeo; y el pueblo es consciente de ir guiado por los mejores de sus hijos, por la sabiduría más segura y más responsable.

Y a los italianos se les nota hoy en la cara. El primer italiano con que os cruzáis al salir, es un individuo convertido en propaganda viviente de la idea fascista. Por otra parte, es una experiencia sencilla de verificar; cualquiera que pase la frontera italiana, fíjese en el primer camisa negra de la milicia; ese romanismo viril, sano, consciente de su fortaleza, se podrá buscar por toda Europa, mas no se le encontrará en otro lugar. Lo dice la fisonomía, el porte: somos los hijos de la Italia fascista, los descendientes de los legionarios de Roma.

Experiencia para mí, tangible, sensación plástica, en la visita a Littoria. Hasta ahora, ha habido quienes quisieran discutir si el rescate económico de la zona pantanosa ha sido integral; pueden seguir discutiendo hasta que se entiendan. La misma circunstancia de haberse o no instalado en ella ochenta mil personas termina por resultar, en último análisis, secundaria. Lo que cuenta y vale es el coraje que ha querido y quiere, es la fría temeridad de haber emprendido y haberse empeñado en empresas como ésta. En primer plano no queda más que el hecho de que, en solo un hombre, en plena paz, haya madurado la decisión de reconquistar para su país una provincia como ésta, haya madurado suficiente persuasión como para persuadir y apasionar a la nación entera.

Para los nuevos italianos, Littoria es la gema más bella de la corona de Italia: la ciudad, la provincia, la obra maestra de nosotros, del fascismo. Observamos la obra maestra en, acción, notamos que se personifica en los colonos de las lagunas pontinas disecadas, uno por uno. Los colonos no hacen, ciertamente, una vida señorial, y envidian la suerte de otros; pero no hay uno que no sea fascista al cien por cien. Son gentes en quienes ha hecho presa la solidaridad creadora de aquella voluntad, aunque las palabras que pronuncien sean rústicas. "Entre tanto, se ha reconquistado una provincia. En dos mil años no lo habían hecho: nos corresponde a nosotros fascistas. Nuestros combatientes, que hicieron la guerra en las trincheras, se han destacado. Y quien nos ha llevado a este lugar ha sido él, nuestro Mussolini". Y se ha acumulado así un capital de confianza nacional enorme, que fructificará inmensamente. Y el fascismo es para la nación como un demonio incitante a la acción constructiva.

Italia es un taller, una disciplina, una tensión, una urgencia: obra, y días concentrados en la obra. Es un pensamiento coral, unánime, dominante. "No hay tiempo que perder, no es suficiente la vida disponible para permitirse el lujo de apoltronarse". Un tractor puede servir de símbolo. Si se ve a un tractor surcar un pantano de estos y, con, el tronco al sol, dos jóvenes fascistas manejarlo cantando a todo pulmón, al unísono con el ronquido del motor, se siente entonces verdadera admiración: ¡qué no sabrá hacer el pueblo italiano, qué no se obtendrá de ese pueblo, si quienes lo guían son auténticos hombres!. Y la admiración vuelve a producirse al correr sobre las perfectas carreteras asfaltadas, amplias de un extremo a otro, extendidas por toda la superficie, del territorio nacional; tipo formidable de propaganda directa sobre los turistas extranjeros, red fantástica que ha absorbido inversiones sobre inversiones, esfuerzos sobre esfuerzos. Mas la nación se enorgullece; pero Italia ya no es el país del dulce far niente y del dejar pasar; pero los italianos se han apropiado, como divisa silenciosa, de la respuesta de Guillermo I: "no hay tiempo para sentirse cansado".

El pensamiento de Mussolini continúa influyendo sobre el pueblo trabajador, aún cuando la jornada de trabajo de los prestadores de mano de obra haya terminado. El Dopolavoro (2), con sus inscriptos a millones, es creación de sano origen, del fascismo; y sus actividades, promovidas y patrocinadas por el régimen, son múltiples y variadísimas: teatros populares, espectáculos y fiestas, sports de todas clases, jiras culturales, excursiones y cruceros, enseñanza del canto coral. En Verona encontré el Carro de Téspis: en un escenario improvisado en la Piazza dell'Erbe, se representaba una obra. Y desfilaron ante mis ojos el tenis; la cancha de foot-ball, los dispensarios y la enfermería, los hospitales de la "Obra-Nacional Maternidad e Infancia", los parques populares extensísimos, concebidos y ejecutados con gran atrevimiento.

Es ejemplar, en Roma, la actuación de la legislación social, el ajuste asistencial. El ciclópeo Foro Mussolini lo encontráis lleno de niños y adolescentes encuadrados en la "Obra Nacional Balilla". Persuasión inmediata, propaganda irresistible; nadie puede sentirse jamás abandonado a sí mismo: el estado nacional te toma por la mano, te educa, te forma, te recrea; (por una bicoca vas al cinematógrafo, pasas la velada en el teatro, te abonas a una temporada de conciertos. Tu soledad queda abolida, el estado es para ti asistencia, protección; ya no se encarna para ti en la inquietud del agente de impuestos, se ha convertido ahora en el garante que no te traiciona. La solidaridad social es de figura grandiosa y llena de majestad. Y no sólo para las generaciones presentes y crecidas, sino también, sino sobre todo, a beneficio de las generaciones futuras y a nacer.

Mussolini adora a los niños, es su, amigo reconoce en ellos la riqueza nacional verdadera, predispone todo sistema de providencia social apto para acrecentarla. Los asilos, las ambulancias, los hospitales y todas las demás instituciones de su "Obra Nacional Maternidad e Infancia", son la última palabra en cuestiones de prevención, profilaxis e higiene. En toda la extensa colección patrañosa de países arrogándose el derecho de escupir sentencias sobre el fascismo, ¿cuántos hay que tengan en casa un sistema de previsión social tan organizado, tan perfecto?... ¡No estaría mal ir a verificar un poco! Y sería cosa de ver qué sería capaz de combinar el marxismo, una vez aferrado el poder. A juzgar por la forma en que obró con nosotros, en Alemania, ¿no sería una visión muy edificante! Repetir que la causa fascista es la de la burguesía capitalista, es ante todo, cretino; el fascismo es la causa nacional y popular. Antes de Mussolini, ningún ser humano, nunca, me había hablado de los campesinos y de los obreros con calor tan genuino, cordial y profundo. Mussolini sabe que la potencia de las naciones se basa en las multitudes populares, que contra o sin las multitudes no se puede pasar al ejercicio de una acción política cualquiera, que ningún, régimen, dura si no se radicó en el pueblo, que la misión altísima que le asignó el destino es plasmar su pueblo en un estado nacional, promoverlo a protagonista instruido de una política internacional italiana. Indiscutiblemente, y salvo raras excepciones, las generaciones ultramontanas no pueden sentir ni comprender hasta el fondo el fascismo, ni siquiera ahora (en Alemania sucede lo mismo). Está bien que, ahora, engorden un poco, aparte y en, santa paz, puesto que el destino no los ha querido para actores; su lugar está entre los espectadores, y que continúen comiendo.

Diametralmente opuesta es la posición de las generaciones nacientes, su predestinación: para un estado nacional joven, renunciar a ellos sería aceptar el propio fin. Es el motivo vital por el cual Mussolini, apenas se dibuja la necesidad, traza una línea decidida y breve, incluso contra la opinión del Vaticano, y no quiere apartarse de ella. Y es un motivo para nosotros, nacionalsocialistas, muy comprensible. Una hipotética, imposible abdicación de los derechos sobre la primera juventud, la adolescencia, la niñez, hubiera

traído aparejada la abdicación total del futuro. Los niños de Italia son del estado fascista. Y las mamás de Italia confían sus niños al Duce.

Acontecimiento de significado enorme, captándolo bien, poco ha, un periodista berlinés que decía; "en gentes como los italianos e italianas, siempre prontos a saltar apenas se toca a sus hijos, no puede imaginarse acto de fe más incondicional". Cuando las madres afluyen al Foro Mussolini -grandiosa muchedumbre sobre las gradas de mármol- los volvemos a ver sobre la verde extensión cubierta de hierba: balillas, vanguardistas, jóvenes y chicos italianos, en las exhibiciones gimnástico-deportivas de la "Obra Nacional Balilla". Los altorparlantes transmiten las órdenes, y una arrogancia ya militar aparece en sus rostros apenas adolescentes, o todavía niños, y su conducta posee ya las características de la disciplina, y todos son ya soldados virtualmente, soldados de la idea fascista; están abrasados por completo en ella. "Somos una nación en primera línea". Mussolini ha devuelto a la Italia de los verdaderos italianos su fe en sí misma, y los jovencitos se sienten llamados también a combatir por la idea italiana y facista, saben bien lo que importa y cuesta: "A chi Italia l'italia fascista?... A noi! Para ellos Mussolini ha acuñado la consigna clásica: libro y fusil; y libro y fusil son su divisa alegórica. "Continuar en la virtud y estudios y tener fuerza en las manos; saber y saber tirar para hacer blanco. Este es el binomio que bastará para terminar de construir la Italia Fascista. Diez años y vereis".

Y hagamos punto final que para el texto sería inútil tanta glosa.

La unidad intangible y la unanimidad inatacable sobre el axioma-base de ser fascistas y vivir como facistas, deja abierta toda posibilidad de fecundación y elaboración en los ámbitos autónomos de las conciencias individuales. La dinámica de una idea originariamente revolucionaria, no se explica con el rehacer corazones y cerebros a medida, pero vence en la intangibilidad viviente y unitaria de los corolarios fundamentales. Es más intangible el rigor y el vigor de los fundamentos espirituales, más vigorosos, ahora, y fecundos -en proporción geométrica- en los progresos reales.

La Idea fascista, vencedora, ha pagado la Victoria en moneda de sangre de mártires; cinco mil fascistas muertos fueron sepultados en la marcha hacia la victoria. Al frente de las legiones de la Italia fascista y revolucionaria, marcha hoy la legión de los muertos. Y lo percibe claramente quien, como yo, visite la Exposición de la Revolución Fascista, esa ilustración plástica e inteligentísima que abarca desde el año de su nacimiento -el de la intervención italiana en la guerra mundial- hasta el de la conquista revolucionaria del poder. Al terminar el desfile de salas, te encuentras de repente en un cuartucho: un par de tapices raídos por todo adorno; una estantería, un receptor telefónico, de modelo viejo y desvencijado, al alcance de la mano desde el escritorio; sobre el escritorio, un tintero con tinta seca y dos bombas de mano; el despacho de Mussolini en el Popólo d'Italia era de esa manera. En aquel lugar, a la última llamada de la Roma parlamentaria para que fuese a pactar, Mussolini respondió que no; por aquel teléfono dictó su declaración inicial: No os daremos un Ministerio, pero sí un gobierno..., inmediatamente después de la modestia del humilde cuartucho, un vestíbulo: es el sagrario de los mártires. Con la bayoneta calada, inmóvil, un camisa negra en el umbral. El grito de honor fúnebre de los escuadristas al secretario político, cuando nombraba, junto al féretro, a los camaradas asesinados en la emboscada, repetido hasta el infinito en la concavidad circular de la cúpula: presente, presente, presente... Repetido hasta el infinito, en un raudal musical oculto y continuo, el tema primaveral y escuadrista de la Giovinezza (3). Así ha honrado la revolución fascista a sus mártires, en su décimo aniversario; así ahonda sus raíces en su pasado y en el nacional, en el surco solar de la tradición italiana; fijando con frío valor el porvenir.

En la Exposición de la Revolución, la analogía de todos los momentos me transportaba a idénticas situaciones en Alemania. Camisas negras manchadas de sangre de fassistas asesinados; la banca de un consejero municipal patriota, asesinado a tiros de revolver en el transcurso de una sesión; lascartas de Mussolini cuando era colegial, y los informes escolares en base a los cuales no se le confería una beca "por comprobada insuficiencia de requisitos intelectuales"; llevado allí trozo a trozo, y reconstruido con toda fidelidad, aquel parapeto de un puente al que se asió un escuadrísta agredido por sorpresa y expuesto a acabar en el río; los comunistas le machacaron las manos, se precipitó y ahogóse. Todo como entre nosotros; y también, los frutos nacieses se asemejarán. Situaciones, se entiende, diversas; soluciones político-sociales, se comprende, desemejantes; pero la orientación es común, idéntica. Y no se debe alimentar ninguna, absolutamente ninguna ilusión: nunca ya tolerará el fascismo otros partidos en su casa, no les regalará jamás ni siquiera una migaja del poder, y mucho menos permitirá discutirlo; la conquista revolucionaria fue, es y será negocio exclusivamente suyo. La revolución fascista lo ha demostrado bien; la revolución nacionalsocialista empieza a demostrarlo ahora. Un juvenil soplo regenerador es la inspiración de ambas. En Italia — ya se ha dicho — han transcurrido doce años de revelación auténtica; y se ha dicho también que, a la conclusión de todo ciclo revolucionario, otro ordenreina, política y socialmente nuevo, completamente nuevo.

Apenas quedan ya argumentaciones finales que traer a colación, ¿Extenderse ahora en particulares?... Los resultados, son de-masiado evidentes, y suficientemente elocuentes las conclusiones. Gastar mas palabras aún, sería superfluo. El fascismo es, en relación a nosotros, un adelanto de diez años. Adelanto no absoluto, es verdad; pues lo que los fascistas no han podido hacer sino después de la conquista del estado, nosotros, los nacionalsocialistas, militando en la oposición doce años, hemos podido hacerlo, por lo menos en parte, antes de nuestra conquista. Mas realmente, hace diez años ya que el fascismo es el estado, que se autoelabora y autodesenvuelve como estado.

Es necesario reducir la distancia que nos separa y, poco a poco, abolirla. Se comprende que lo que haya resaltado bueno para Italia, muchas veces no resultará igual para Alemania. Pero en el espíritu originario y excelente, en las premisas superiores y preexistentes, en la voluntad, tensa y totalitaria, en el impulso único, y unitario, aquí, lo repito, existe comunión, existe identidad. Y el punto de cruce el nexos de unión es la ascensión de la juventud, incluso a la cabeza del estado nacionalsocialista.

Ser viejo será, tal vez, mejor que ser joven (en determinados casos, para mí desconocidos, puede resultar cierto); mas la que termina siempre por tener razón, es la juventud. La juventud no se anda tanto por las ramas y, especialmente, lleva muchos impedimentos e impedimentas menos; su sí o no, no lo disuelve en la solución al uno por mil de los sí. y de los pero..., de los mas...y de los aunque; son un sí o un no, y stop ! Un gobierno de personas jóvenes jamas ha hecho daño a nadie, y hará bien a la nación. Napoleón decía querer generales jóvenes con mayores ancianos; la técnica, la práctica más larga de los mayores ancianos suplirá, en caso de necesidad, la preparación más corta de los generales jóvenes. Es vocación y misión, de la juventud regenerar a su soplo el estado nacional, imprimirle su sello.

Y también en otro capítulo sienta escuela el fascismo; sobre la inadmisibilidad de los compromisos. La revolución, o es una revolución, o no es nada. La revolución esta vinculada a su deber Histórico de reorganizaro revisar todo desde la a hasta la z, sin tabús sentimentales, ya que la lógica de la acción revolucionaria exige y ordena, en las liquidaciones necesarias, manos libres. Si existe una pared vieja y amenazando ruina siempre, y es un peligro constante, y además no se cae nunca deberá echar mano a la piqueta; las casas de los hombres y de las naciones han sido construídas para ellos; por

amor a los muros agrietados, ¿van a obrar de distinta manera las naciones, tendrán que apuntalarlos, hasta morir debajo? Nada de compromisos, por consiguiente.

O todo el poder, pues, o nada. Y una vez colocados al frente del estado, los jóvenes deberán ponerse a trabajar; más que los ancianos, mucho más, sin sentirse fatigados jamás; tienen el deber de hacer marchar a su ritmo todo mecanismo, todos los engranajes, toda rueda. Los gobernantes, la burocracia sobre todo, hasta ahora, habían tomado las cosas con mucha mayor calma; desde ahora en adelante, las cosas serán atacadas de frente, serán tomadas al asalto; y terminaremos, de una vez por todas, con las tortugas de la burocracia... Y cuando se haga, será hecho para la nación y con la nación. No se puede prescindir, absolutamente, de un régimen revolucionario; y no me vengan con la especie de que el pueblo implica obrar a su respecto con estilo demagógico, que el pueblo no entiende una lengua no plebeya.

La entiende bien, por el contrario; ¡sóloamente necesítase hablarla bien, dirigirse a él con las palabras que penetran en derecho a la conciencia popular. Los hombres y las mujeres del pueblo razonan al menos mucho mejor que quien se la toma con ellos porque no saben razonar. Por lo menos saben qué desean, qué pueden esperar; sondearlos, estimulados, despertados, despertados en ellos un motivo directo, una participación inmediata, un sentimiento sentido, y encontraréis en seguida la correspondencia, advertiréis entonces haber despertado, incluso en la multitud, la capacidad para soportar las palabras duras necesarias, la dignidad de creerlas, un pueblo que quiera de verdad, un jefe que le haya inculcado la dignidad de querer la propia voluntad, lo pueden todo, en última instancia; ¿qué no diré de un pueblo de primerísimo orden, como el alemán?..

El propósito máximo nuestro, de los alemanes, lo divisamos en un pasado próximo; cualquiera que encontrases te repetía que se había llegado al colmo de la crisis; transcurrió un siglo y la crisis siempre llegaba al colmo, sin que nadie se decidiera de una vez a tomarla por el pescuezo. Se había escogido el método más infalible para descorazonar las mejores intenciones, para desinteresar a las naciones de todo y a todas. Sin embargo, el milagro histórico lo realizan las naciones, se efectúa, en definitiva, con los hombres y las mujeres del pueblo. Resucitar en la nación la fe en sí misma, plena, incondicional, ilimitada; resucitar la confianza absoluta en un principio de autoridad popular, nacional, histórico, que sea todo uno con el sentido de la continuidad nacional indivisible e inalienable: éste, únicamente éste, es el camino.

Como Italia en el Duce, Alemania debe creer en el Führer. La discusión sobre la supuesta infalibilidad y la humana falibilidad del Führer no inquieta en absoluto: en cualquier momento, y como todos los hombres, el Führer también podrá equivocarse aún a pesar de él; es su aspecto humano y personal, y si no se equivocare nunca dejaría de ser un hombre. Constituir una central nacional integral y obedecida íntegramente, crear la reserva intangible de la fe nacional: éste es el problema. Una nación con una voluntad única; y la unidad nacional basada en la unidad del mando, de la disciplina, de la confinación, de ejecución. Diez años para fundar una Alemania irrevocablemente unitaria: otros tantos bastaron para lo mismo, en Italia. Diez años bastarán para recobrar, para recuperar la fuerza de vencer, contra cualquier enemistad o enemigo. La condición necesaria y suficiente radica en que creemos en nuestra fuerza virtual; y creer es deber; y creyendo, venceremos.

Alemania vive hoy la fase apenas inicial de un ciclo histórico grandioso, de desarrollo incalculable, de duración inconmensurable; nos ha sido concedido recorrer el infinito, aunque no sea más que con el pensamiento. A los hijos de nuestra edad, a nosotros, nos toca la parte del trabajo señalado, a nosotros nos atañe afrontar plenamente las cuestiones internas e internacionales más urgentes y opresoras, resolverlas por

completo. No son nudos que no se puedan desatar; todo hace creer que los desnudaremos. Haremos el cálculo de todas las existencias; debemos creer que las calcularemos bien.

La orientadora de nuestra ruta es, para Nosotros los alemanes, la estrella Adolf Hitler

Notas:

- 1- El himno Nacionalsocialista Alemán “Horst Wessel” (N. del T.).
- 2- Dopolavoro: después del trabajo. (N. del T-).
- 3- Himno fascista italiano. (N. d T.).



**Biblioteca WeltanschauungNS**

**Libros Para Comabtir La Ignorancia.**

**Doctrina Para Amar Nuestra Herencia.**

**Recomendamos Matener Alejados A Inutiles.**

**Coordinacion, Maquetado,Edicion Y Comentarios  
Por Thryer-Anntharez**

**Visita Nuestro Foro:  
[www.WeltanschauungNS.foro.st](http://www.WeltanschauungNS.foro.st)**

